

autor me envía uno de los ejemplares de su obra, acompañado de cierta dedicatoria que no merezco, porque no merezco que me llame "muy inteligente" ningún tonto, me propuse estudiar este modelo. Me alarma, ante todo, el título, porque siendo un "Segundo libro de lectura" es de presumirse que hay un primero y no estoy conforme con la dinastía.

Hago esta salvedad: si en el "Primer libro de lectura" se enseña á los muchachos á que aborrezcan todo libro y huyan de él como de un enemigo, el Segundo ya es enteramente inofensivo. Pero si no es así, hay que echar á la hoguera el Segundo.

En la primera parte, el autor habla de Zoología y de Historia de México. Protesto contra este maridaje ó contra este ayuntamiento, que es tan malo como casi todos los ayuntamientos. ¿Por qué la Zoología y la Historia de México han de mancomunarse ó de salir del brazo? Si el novel educador entiende que los mexicanos somos animales ó parientes próximos de ellos, se equivoca. Tan suegros somos de los animales, que aquí hay corridas de toros, coleaderos y peleas de gallos. De manera que no tenemos ningún punto de contacto con la Zoología. Vale más que el autor nos separe y deje la Zoología en su casa y la Historia de México en la suya. Este es un caso de divorcio.

Refiriéndose á la conquista, dice el "Segundo libro de lectura:" "Hernán Cortés fué un hombre muy valiente. El *solo*, acompañado de otros valerosos soldados, venció á todo un mundo, ¡al mundo de Moctezuma!" Quedamos, pues, en que solo, pero acompañado, Hernán Cortés venció un mundo que era de Moctezuma, seguramente porque Moctezuma se lo había robado, porque no consta en ninguna notaría que fuera de él.

Pero, á renglón seguido viene esta frase peregrina: "¡El mundo de Cristóbal Colón ya fué de Dios!" En definitiva ¿de quién es el mundo? ¿de Moctezuma, de Cortés, de Colón ó de Dios? Aquí hay un verdadero concurso de acreedores.

Perdonaría, sin embargo, al autor de ese libro, este prurito de gravar con hipotecas el continente americano, si no fuera porque descendiendo de la historia antigua, aunque sin apearse de su asno, se cuele como Pedro por su casa en la historia moderna, rompiendo cuanto á las manos se le viene. Me sospecho que el tal señor ha de haber sido de los que acompañaron á Cortés, cuando Cortés vino solo, porque trata á México como á país conquistado.

Entre otras cosas dice las siguientes: "Juárez se opuso á la obra civilizadora de Colón y de Cortés. El, como Juliano el apóstata, quiso levantar altares á los ídolos, echó por tierra las cruces y en el *campanario* de Querétaro renovó los sacrificios humanos, dando muerte al gran Emperador Maximiliano."

¡Esto sí ya no puede perdonarse en ningún libro de lectura, aunque sea segundón! Ni existe un *campanario de Querétaro*, ni Maximiliano fué *gran Emperador*, ni Juárez levantó altares á los ídolos (que siempre han vivido pacíficamente en el Museo) ni algo, siquiera, de lo dicho en ese párrafo, tiene sentido común. El autor oyó campanas y no supo en donde daban.

Tales sandeces no han menester refutación. Y si hablo de ellas es porque el autor en su dedicatoria me ha llamado "muy inteligente" y esto sí que me escuece. ¡No se lo perdono!

Santo y bueno que hable de zoología: él sabrá lo que dice. Pero que venga un gendarme y lo saque á

viva fuerza, si es preciso, de la Historia de México. Imaginen ustedes que al referirse á nuestra literatura, estampa lindezas ó enormidades de este género:

“El gran poeta de México es el Sr. D. Manuel Carpio. Sus obras están traducidas á casi todos los idiomas, y se cree que su poesía el “Camino del Gólgota” no tiene rival en lengua española. El Emperador Maximiliano le nombró su lector de Cámara y le asignó una considerable pensión anual. Carpio, Pesado y el padre Navarrete, son, después de Sor Juana, los tres grandes poetas de México.”

¡Está escrito que á este señor todo ha de parecerle grande! ¡Hasta Fray Manuel Navarrete, que era, y sigue siendo, tan humilde, le parece colosal! Y, eso sí, para este osado y feliz autor no hay imposibles: él alarga los días de Carpio y traduce sus versos á todos los idiomas; prolonga la existencia de Pesado, nombra lector de Cámara y pensiona al poeta que escribió el “Camino del Gólgota”. hace, en fin, lo que gusta en la Historia de México. La hace de veras, no la compra hecha.

“En la literatura moderna de México— continúa diciendo—se nota lamentable decadencia. Ha decaído, porque se ha olvidado de Dios. Acuña, uno de los secuaces de Juárez, corrompió la poesía inclinándola al *filosofismo*. Y Acuña, como era natural, se suicidó.”

No me parece tan natural, como á ese caballero, el suicidio de Acuña. Pero más sobrenatural es todavía que lo llame *secuaz de Juárez*. ¿Piensa este ciudadano de una república independiente, aunque no libre, que los años y las épocas y las ideas y las personas, en la Historia de México, se barajan como naipes? ¿Cree que puede haber combinaciones caprichosas con los nom-

bres de nuestras personalidades célebres como con las fichas del dominó?

Cierro el libro y arranco la dedicatoria. Ya no sigo adelante, por temor de encontrarme conque yo también me he suicidado ó con que me nombró Maximiliano su lector de Cámara. ó con que me opuse á los designios de Colón. Una sorpresa tal me enfermaría!

Así, pues, doblemos la hoja. Lo único que me atrevo á suplicar á este desconocido é inesperado admirador de mis artículos, es que no escriba un tercer libro de lectura. Creo que con dos basta. No es bueno ser muy fecundo, amigo mío! Haga usted libros de no lectura; libros en blanco. Haga usted la historia de otras naciones. de las que todavía no existen. Pero ¿á qué venir á México desafiando el vómito, las pulmonías y el tifo? No están seguros los caminos; los ferrocarriles andan mal; suele haber sacrificios humanos y —lo que es más temible para usted— sacrificios zoológicos, en el campanario de Querétaro; cuentan que todavía no ha muerto Juárez y que sigue levantando altares á los ídolos. De modo que, por todo esto, señor mío, es preferible que vd. no tenga tratos con nosotros ni pise nuestra historia. Sobre todo, ¡no vuelva á llamarme inteligente!

¿Verdad que ya le parezco tonto?

¡Muchas gracias!

EL DUQUE JOB.

UN TUBO VENTILADOR.

Javier Aubryet proponía en cierta ocasión, que durante los meses de verano se trabajase de noche y se durmiera de día. Las razones que alegó eran poderosas.

Cometemos anualmente un espantoso absurdo, que las autoridades debieran castigar: ¿por qué nos obstinamos en vivir, como siempre, en pleno día, durante ese incendio que se apellida estío, y contra el que jamás podrán garantizarnos diez mil Compañías de Seguros?

Los rigores del más crudo Diciembre y del Enero más cosaco, se limitan á sitiarnos en nuestra propia casa, prohibiéndonos severamente la salida. O concluimos por hacernos ciudadanos de Groenlandia, ó nos emparedamos entre los cuatro muros de la alcoba. Pero el viejo invierno comunica cierta poesía alemana á la vida íntima, transfigura su encanto, es el supremo bastonero de los walses y el supremo organizador de las conversaciones. Su proceder es más leal, cien veces más leal que el del estío. El invierno nos permite prender fuego, el estío no consiente que apaguemos el sol. Durante los meses de invierno, puede el termómetro, á su antojo, quedar bajo de cero: la alcoba será entonces un nido más apetecible, tendrá el teatro más encantos y la mesa mayores atractivos; el invierno sonríe como un amigo viejo hasta á los más perezosos; pero el verano, brusco y záfio, suprime radicalmente la existencia: es una plaga á domicilio; va pegado en nuestras ropas por donde quiera que vamos; es inútil que huya-

mos, porque nos encuentra, y en la calle, en la casa, en el teatro, hasta en el seno mismo de las olas, se lanza sobre nosotros como sobre una presa, armado de sus congestiones cerebrales. ¿Quién ama cuando su novia se liquida? ¿quién piensa cuando el cerebro se calcina? ¿quién trabaja cuando la atmósfera revienta sus músculos? Más fácil sería tocar un violín sin cuerdas. Y esto, sin mencionar el obligado acompañamiento del verano, la amable hidrofobia, los generosos alacranes, las graciosas apoplegias y las divinas fiebres.

Grandes parvadas de extranjeros perniciosos, conocidos vulgarmente con el seudónimo de insectos, pueblan la atmósfera. Saint Preaux podría mirar á Julia rascándose con furia y haciendo sangrar su blanca piel, sembrada de ámpulas. ¡Oh rey de Ivetot! el más dormilón y perezoso de los reyes, yo hubiera deseado verte dormir la siesta en la campiña durante las calurosas tardes del mes de Mayo. ¿No miras revolar en torno tuyo esa graciosa avispa de corsé-dorado? Si quieres engordar parcialmente, bastará que le entregues tu epidermis al cáustico tremendo de sus besos. Las flores no tienen aroma, la verdura abdica en favor del polvo; los segadores caen moribundos en los trigales y el sol rie imperturbable en su palacio de chillante azul. ¡El sol! ¡Un *cursi* rico que los copleros inciensan servilmente! ¿Cuándo podremos desterrar del firmamento á ese Turcanot vestido de diamantes, que da calor cuando se le pide luz únicamente, y que ha usurpado su reputación de generoso porque suele ser útil en invierno? Es tiempo ya de destituir á ese gran funcionario, que se ha ensoberbecido. Nombremos en su lugar al buen Saturno; ¡pobre viejo que enamora de lejos á la tierra, mostrándole su anillo de brillantes!

Alaben en buena hora los poetas al astro rey, al padre de la luz, al dios de los egipcios: yo no consentiré en extasiarme como se extasían los elefantes ante ese sinapismo en forma de escudo que se llama el sol. Jamás he visto que los peces entonen un *tedium laudamus* en memoria y loor de los astros. La misma luz que ese astro incómodo desparrama, puede perfectamente suprimirse por inútil. Cuando esa luz cae á plomo sobre la tierra caliginosa, las líneas y los colores se confunden en una convulsiva irradiación. El sol y los niños son delicados cuando duermen.

En este instante, el jubileo del calor comienza y el régimen de la asfixia impera en todas partes. Las rosas no viven ya lo que viven las rosas; la fresa nace en conserva; las citas son irrealizables; cuando se deposita un beso en una mejilla juvenil, parece que se ha besado mantequilla; el cuerpo se convierte en una mesa redonda servida á toda hora, y á la que vienen insectos, con la franqueza de antiguos parroquianos. Queremos leer y nuestros ojos se llenan como de plomo derretido; queremos escribir y nuestra mano cae como deshecha gelatina; la inercia misma se convierte en una especie de baño de María; cada movimiento que hacemos abrevia una semana de nuestra vida; nos encerramos y parece que un sol invisible calienta las tinieblas; la frescura es tórrida, la lluvia cauteriza; entre el mundo real y nosotros, se interpone esa perpetua sensación de hornillo con que tanto amenazan los predicadores. La aurora parece una infeliz enferma de fiebre á quien ningún efecto causa la quinina; sus dedos color de rosa quemán como carbones encendidos.

El astro rey que Luis XIV mimó, admitiéndolo en el número de sus lacayos, ocupará todos nuestros ins-

tantes y todos nuestros pensamientos. Su majestad el sol es un tirano que merece cinco años de eclipse.

Para defenderse de este implacable enemigo, no hay más que un recurso; aprovecharse de su sueño. La razón nos aconseja señalar para levantarnos el minuto en que se acuesta y para acostarnos el minuto en que se levanta. La prudencia nos indica abandonarle á su propia suerte en el espacio, devorando á su antojo nuestro raquíptico planeta; mas como el universo se ha distinguido eternamente por sus sinrazones, los presidarios de la traspiración no se han curado de romper sus hierros. ¿Qué hora es la escogida comunmente para las grandes transacciones comerciales y para toda operación bursátil? El medio día.—¡La hora en que los cañones se disparan solos y en que la apoplejía está en el zenit!

* * *

Noches tibias de estío en que la naturaleza, lejos de su déspota, se atreve á respirar, en que la brisa se apiada del jardín carbonizado, y la república de las estrellas gobierna sosegadamente bajo la quieta presidencia de la luna; noches tibias de estío, nosotros os huímos, y desde que se inicia nuestra calma, corremos á abrigarnos en la alcoba; roncamos en tanto que los ruseñores cantan, y al siguiente día, con puntualidad insoportable, tornamos á escuchar el ruido de los coches; cerramos los ojos invariablemente, mientras la dulce hermana del insociable Febo esparce su claridad suave y opaca que orea como aire fresco las pupilas; y esperamos sin miedo para abrirlos á que el sol prenda luego sus hogueras: rehusamos la caricia y requerimos el azote. ¿Cuándo conocerán, ¡oh luna! que el rey del día me-

rece tanta execración como tú mereces amor, y cuando preferimos la blanda y apacible quietud de nuestras noches al estrépito infame del período diurno? Flores discretas que guardais vuestros hechizos para estas horas de silencio y sombra, ¿cuándo podremos admirar vuestra belleza?

El ruiseñor entonces, ese Gayarre de las aves que acaba su temporada sin que nosotros le escuchemos, prorrogaría por algún tiempo su contrata. Los almacenes permanecerían cerrados durante el día, y la media noche sería el momento designado para las grandes transacciones comerciales. Tengo, pues, el honor de sujetar al examen de las Cámaras el siguiente proyecto de ley:

Art. 1º. Desde el primer día del mes de Abril hasta el 16 de Septiembre de cada año, las casas de comercio se abrirán al toque de oraciones y se cerrarán al toque de alba.

Art. 2º. Las representaciones teatrales no podrán comenzar antes de las dos de la mañana, ni concluir pasadas las cinco y media. Las infracciones se castigarán con una multa de cien á mil pesos.

Art. 3º. Las oficinas públicas estarán abiertas de las siete de la noche á las cuatro de la mañana.

Art. 4º. La Corporación Municipal somete á la aprobación del vecindario este programa: desayuno á las siete de la noche; comida á la una de la mañana; cena al rayar la aurora, lo más tarde.

Art. 5º. La tarifa de los carruajes durante el día, será la antigua tarifa de en las noches.

Art. 6º. Queda rehabilitada aquella frase célebre que Jocrisse dejó escapar en un arranque de inspiración:

—Un día . . . ¡era de noche!

EL DUQUE JOB.

EL PULQUE EN EL BANQUILLO.

El Sr. General Don Pedro Rincón Gallardo, Gobernador del Distrito. ha reglamentado con mucho tino y discreción, la venta del pulque. Si, como es de esperarse, los agentes subalternos cuidan de que á esas disposiciones se sujeten los pulqueros, mucho ganará la sociedad. Y si los agentes subalternos tal no hacen, peor para ellos: el General Rincón Gallardo es suficientemente enérgico para destituirles y castigarles. La utilidad social subsistirá; y los agentes de policía, inútiles ó perjudiciales, quedarán eliminados. Suma: dos adelantos positivos.

Como de años atrás, vengo predicando en desierto contra las asambleas de borrachos y contra la libertad de emborracharse en público, me complace que el General Rincón Gallardo, gobernante de buena voluntad y, lo que vale más, de buenos hechos, sea de mi opinión.

La ley no puede prohibir que haya locos, ni declarar obligatoria la virtud, ni prevenir todos los crímenes, porque para ello sería necesario declarar vigente á perpetuidad el decreto de Herodes, degollar á todos los recién nacidos y fusilar por precaución á todos los adultos, no dejando en cada ciudad más que á los siete justos, que no hubo en Babilonia.

Si la religión, que cuenta con una cárcel mucho más fea que la de Belem, aunque esto parezca paradójico, con una cárcel mejor guardada, porque de ella nadie se ha salido, con el infierno eterno y con la escuela correc-